Por una triste ley de la Naturaleza, sólo el mal es contagioso y nunca el bien. Para extender una epidemia basta un pequeño germen: millares de células orgánicas sanas no pueden hacer contagiosa la salud. El espectáculo de la convulsión puede atraer el aura spiléptica; el de la digestión tranquila no es bastante á calmar el apetito ni á disipar acedías; los seres inferiores que remedan las contorsiones de los hombres, son impotentes para cumplir sus leyes morales. Desde el tifus á la melancolía; desde el suicidio á la inofensiva costumbre de chuparse el dedo, son siempre contagiosos los males, jamás lo son los bienes que hay en toda ocasión que conquistar lenta y penosamente por sí mismo.

De esta desagradable ley deduzco que el hacer versos es un mal, puesto que constituye una manía contagiosa. Y también deduzco que lo es criticar burlando, vicio que se me ha pegado á mí mismo, que lo censuro. Pero escriba usted muchos libros en serio después de quemarse las cejas, para quedarse con la mitad, y venza la tentación de escribir algo desenfadado y trivial para darse á conocer.

Quizás también por esa ley nuestro teatro clásico tiene todo lo malo del griego y del latino y aun del francés, sin copiar sus méritos y puede ser que por esa misma ley del contagio refleja las costumbres peores de la sociedad, sin ser espejo, por lo común, de sus virtudes

Todos los galanes son ociosos, andantes y aventureros; todas las damas coquetas, casquivanas y resueltas; los pajes chocarreros y bravucones, y los padres despóticos al par que confiados; es una bendición.

Pero la forma consuela.

De los orígenes de nuestro teatro se puede juzgar por lo que se dice en las partidas de que en las iglesias se ejecutaban «muchas villanias et desaposturas indignas de la casa de Dios». En cuanto á los juegos de escarnio basta decir que huían de ellos las mujeres y los clérigos y aun las personas de buen gusto. Viene luego el famoso Mingo Revulgo y representa las cuatro virtudes cardinales nada menos que en cuatro perros. Es una alegoría sublime.

Hablando del medorro (el monarca) dice Revulgo:

> «Armanle mil guadramañas, uno l' pela las pestañas, otro l' pela los cabellos... asi se pierde tras ellos metido por las cabañas.»

Esos son los versos mejores de la obreja. Aparece Juan de la Enzina, y lo primero que hace es que el arroyo se vaya riendo:

> «Ya sabes que gozo siente el pastor muy caluroso en beuer con gran reposo de bruças agua en la fuente; ó de la que vá corriente por el cascajal corriendo que se vá toda riendo. ¡O que prazer tan valiente!»

Lucas Fernández pinta muy bien el amor diciendo que

«Es sabroso y amargoso y es de mala digestión; da alteración y deja el cuerpo emponzoñoso.» Se conoce que el buen Lucas, en donde se enamoró fué en Loeches.

Las comedias de Lope de Rueda y Castillejo eran también buenas para representadas por las compañías de ñaque entre la zarabanda, la chacona, el escarraman y el zorongo, bailes la mar de honestos.

En tiempos de Lopé fué otra cosa.

Entonces floreció Miguel Sánchez El Divino, que lo sería verdaderamente si, como La Celestina

«Escondiera más lo humá-»

De él escribió Lope:

«Siempre el hablar equivoco ha tenido y aquella incertidumbre anfibológica gran lugar en el vulgo; porque piensa que él solo entiende lo que el otro dice.»

Con dos testigos como Lope á morir. En La guarda cuidadosa hay un Florencio que muerde las piedras de amor, exceso á que no llegó la rabia de Marsilla:

«Ella viene; en las quiebras desta roca me esconderé y mordiéndolas de rabia, á sus paredes pegaré la boca.»

En esa comedia el amor tiene sus quiebras... mordidas. Y cuartetas que habrá envidiado Camprodón.

> «Con un arcabuz pasea el monte y mata el conejo. Con esto y un padre viejo ni más quiere ni desea.»

Quedaba por desear un marido viejo. Con esto sí que podía matar el conejo impunemente.

En El prado de Valencia, por el canónigo Tárrega, hay nada menos que un jardín

> «... nuevo paraiso portátil para las tardes.»

Como quien dice un jardin de poche. O un taschem-garden.

En la misma comedia es notable el diálogo del Conde con el eco:

- «Eco, hablemos á concierto. Cierto.
- -Pide si nadie me lo impide. -Pide.
- -¿Por qué me hielo con mi llama?-Ama.
- -¿Cuál es el bien que me da el cielo?-Hielo.
- -¿Y quién lo aparta de mi fragua?-Agua.
- -Mi gran respeto lo aprueba.-Prueba,
- -¿Qué sacaré de haber probado?-Vado.
- -¿Y si del vado me destierran? Yerran.
- -Lo que miro ¿será ribera?-Era.
- -¿Quién es la causa de sus menguantes? Guantes»

Como verá el lector curioso ó desaseado,

RIPIOS CLÁSICOS

las contestaciones son lo más tonto... después de las preguntas.

Los diálogos entre amantes son más discretos. Sobre todo en *El mercader amante*, de Gaspar Aguilar,

Los novios se llaman columna, y muro y ladrillo, y no se enfadan.

«B. ¡Oh mi Sabinial ¡Oh mi gloria! ¡Mi esperanza!

L. [Mi alegrial]

B. ¡Columna hecha de amorosa piedra!

L Fuerte muro!

A. ¡Blanca lunal»

Etcétera.

Llamen ustedes columna ó fuerte muro á una muchacha en la calle, y verán novedades.

Del mismo autor es un episodio curioso de La gitana melancólica.

Habla un padre con su hija, y de pronto se arranca ésta, sin venir á cuento, con lo siguiente:

«IRENE. ¡Firme y sólida columna de las furias aposento, terrero de la fortuna, básis del cuarto elemento y al fin destierro del bien donde solo el mal consiste!

Tito. ¡Hija! IRBNE. ¡Padre mio!

Tito. ¿Á quién dices todo aquesto?

IRENE. [Ay, triste!

Tiro, Responde.

IRENE. ¡Á [erusalem!»

Ocioso es decir que el padre queda como quien ve visiones.

Pues ahora verán ustedes una manera delicada de citar la manzana.

Carlos Boil Vives, en El Marido asegu-

Una nueva forma de seguro, sobre las apófisis córneas.

«Menandra. Quede á mi cargo esta prueba. Segismondo. Pues yo al veneno, aprestado, te daré.

MENANDRA.

Yo haré que beba Manfredo sobre un bocado (!) que hará tenerme por Eva »

Esas son maneras de decir.

El autor dramático contemporáneo de Lope, que casi le emuló en nombradía, fué D. Guillén de Castro.

Y sabía bien el árabe.

En las mocedades del Cid se demuestra:

«Moro huyendo. ¡Li, li, li, li! Pastor. ¡Jesús mio, qué de miedo me acompaña!»

La verdad es que ese grito árabe ¡Li, li, li, li! era para asustar á cualquiera. Hasta al pobre D. Lázaro Bardón, si viviese.

Aparece el buen Arias Gonzalo, y disculpa al pobre sol, que no quiere salir ni à tres tirones:

> *¡Oh, lo que tarda en salir el sol! Pero no me espanto. Sabe que lo han de partir, y por eso tarda tanto.

Y cualquiera tardaría sabiendo que lo habían de partir.

Es lo que decía la recién casada del cuento al cura desde lo alto de un armario:

- Padre, ¿bajaria usted?
- -No.
- Pues yo tampoco.

Más adelante, el mismo Arias Gonzalo, exclama al verse obligado á combatir:

«Manos tengo, y si me hallo con la gota, esa no es ocasión para escusallo, pues á falta de dos pies cuatro me dará un caballo.» Y, efectivamente, le da el caballo los cuatro pies, y hay que ver al anciano defenderse. Los personajes de Guillén de Castro estaban bien educaditos.

En La fuerza de la costumbre (del consonante debiera titularse), dice D. Félix:

Darete satisfacción)
 espera, señora, tente.

Y la increpa D. Pedro:

«-¿Qué ha de esperar, maricón? errar tan infamemente yerros sin enmienda son.»

Ahora podía salir un actor con esas, ni aun á última hora, en Apolo.

Iban á llover pepinillos de bronce.

Antes se le pegarían los labios al paladar, como á Galindez en Los mal casados de Valencia:

> «Pegados tengo los labios de ordinario al paladar en estas bregas.»

Ó aparecería dos veces en las tablas: una con los huesos vivos y otra con los huesos difuntos, como la *Doña Inés de Castro*, de Mexía de la Cerda (con perdón): «Si como fuiste amante fueras pio con la difunta esposa ahora lo muestra, no en venganzas crueles ni en excesos, sino en dar honra á estos difuntos huesos.»

Andrés de Claramonte imita bien á los negros.

Véase El valiente negro en Flandes:

D. Pedro. Bien valdrán tres mil reales amo y paje.

D. GÓMEZ. Ache.

JUAN. ¿Qué es esto?

ANTÓN. Estornudar gente embancas

haciendo burla dos pretos.

D. FRANC. Uchia.

D. PEDRO. Mandinga.

D. MARTÍN. Ache:

Calla, y no hagas caso de ellos.

D. Pedro. ¡Y qué grave va el perrazo! ¡Con qué majestad ha vuelto

el rostro!

UAN. ¿Peieron? Si.

UAN. ¿Á cuál de los dos peieron?»

No sé por qué esta escena olíame mal desde un principio con eso de Uchuá, Mandinga y Ache.

Para incoherencias El valeroso español (entonces todo el mundo era valeroso y valiente) por Gaspar de Ávila. Tiene un párrafo de

seis versos, en el cual háblase de once asuntos.

En La rueda de la fortuna, el doctor Mira de Mescua, habla de una

> mano infame, mano ingrata, mano que muerde rabiosa al dueño que bien la trata.

Lo que no se dice, es si la mano era de papel hidrófobo ó de mortero rabioso.

Este famoso Mira de Mescua insertó como suyo en Galán valiente y discreto (otro valiente), un soneto de Bocaccio que empieza:

«Estas que fueron pompa y alegría despertando el albor de la mañana, á la tarde serán lástima vana durmiendo en brazos de la noche fría. Etc.»

Pero hubo alguien más fresco que él. Calderón que lo insertó más tarde y también como suyo en El Principe constante y mártir de Portugal.

Todas aquellas comedias eran famosas.

Por lo menos así se decía al imprimirlas por los autores mismos.

D. Luis Vélez de Guevara describe á Sevilla en El diablo está en Cantillana (comedia en que por cierto hay una reja que da vo-

ces), como pudiera cualquier diccionario enciclopédico, contando su origen, vicisitudes, casas, plazuelas, calles, callejuelas y no sé si campanadas para casos de incendio.

Paso por no hacer este artículo interminable, por alto las obscuridades de Salas Barbadillo en Galán tramposo y pobre (asunto manoseado por los clásicos), y las extravagancias de Luis de Belmonte Bermúdez en El diablo predicador, en donde vuelan los ángeles, tendiendo las cuchillas de las alas mientras reza el diablo; y las salidas de Antonio Hurtado de Mendoza en Cada loco con su tema, en donde habla del golfo de la tía y otras rarezas entre las cuales se destacan los rayos de nieve, las nubes que se quiebran y las liebres perezosas.

Citaré sólo al doctor D. Juan Pérez de Montalbán, en una escena que se repite con pocas variaciones en nuestro teatro clásico:

La consabida de—Yo soy esto.—Yo lo otro.

—Yo lo de más allá.

«Duque. Yo soy rayo de otra esfera. ISABEL. Yo laurel que se le atreve.»

Atreverse es.

D. Yo soy fuego.

I. Yo soy nieve.

D. Yo soy Duque.

I. Yo soy fiera.
D. Yo terrible.
I. Yo severa.
D. Yo rendido.
I. Yo triunfante.
D. Yo soberbio.
I. Yo arrogante.
D. Yo firme.
I. Yo sin cuidado.
D. Yo el hombre más porfiado.
I. Yo la mujer más constante.

En este diálogo se inspiró sin duda aquel otro entre una señora y su esposo en los 'Pirineos:

*Señora. En subir á las montañas y en bajar despeñaderos sé pasar dias enteros.

No tengo rival.

Caballero. Te engaña

CABALLERO. Te engañas.

Contigo en subir compito.
S. Soy gimnasta.

C. Yo mejor. S. Yo un águila.

C. Yo una cabra

Yo un cabrito.

Después de leerse ochenta comedias de autores contemporáneos de Lope de Vega, queda el lector más paciente hastiado. Y no hay más remedio que leer algo moderno.

Delli odi barbare de Carducci, por ejemplo. Carducci odia l'usata poesía y como novedad escribe en verso libre exámetros.

Con la circunstancia de que los hace mejor en latín Giorgini.

Cuando dice Carducci:

«Ahi tristi case dove tu innanzi à volti di padri pallida muta diva, spegui le vite nuove! Ivi non più le stanze sonanti di risi e di festa o di bisbigli, come nidi d'augelli a maggio.»

Escribe Giorgini:

«Heu tristes aedes, queis vultus aute parentum succidis vitas aspera diva, novas!

Festivis non illis jocis hilarique cachinno, cen majo nidi mense, domus resonans.

Que es lo mismo y cuasi está mejor. Sin necesidad de acudir á las sonrisas mistas de lágrimas como en la Oda allá Regina d'Italia:

> «Con un sorriso misto di lacrime la verginetta ti guarda e trepida le braccia porgendo ti dice come à suora maggior: Marguerital

Y es que á lo mejor los versos caen ellos solos del corazón vagabundo, como dice el infortunado André Chenier.

Porque Chenier encontraba versos hasta en la sopa.

«Les vers pour la chanter naissent autour de moi. Tout pour elle à des vers! Ils renaissent en foule; ils brillent dans les flots au ruisseau qui s'ecoule; ils prennent des oiseaux la voix et les couleurs; le les trouve cachés dans les replis des fleurs.»

Esta facilidad para hacer versos no le impidió perder el último consonante.

Poco antes de morir escribia (el 7 Thermidor):

«Avant que de ses deux moitiés
ce vers que je commence ait atteint la dernière.
Peut-être en ces murs effrayes
le messager de mort, noir recruteur des ombres,
escorté d'infames soldats,
remplirá de mon nom ces longs corridors sombres.»

Y en espera de un consonante en ats, quien llegó fué, no el consonante, sino el verdugo.

¿Qué dices lector? ¿Que esto es burlarse de la muerte de un inocente y que no valía la pena de decir tantas tonterías para venir à parar en esa burla horrible?

Es verdad.

Pero eso es la crítica festiva au bon marché.

«No he de callar, por más que con el dedo...»

Eso del dedo lo sabía yo de muchacho al dedillo. ¿No ha de haber un esptritu valiente? me decía á cada paso, hasta que me convencí de que por eso nos pasan muchas cosas. Por valientes.

Ahora mi plegaria es a peu pres la de los griegos á Venus: «Acordadme el don de no decir cosa alguna que sea desagradable.» Y sin embargo... hay que hablar de Lope.

El teatro me ha parecido siempre cosa infantil; pero el teatro de Lope más que otro alguno. Fué muy hermoso, como las gracias de los niños que en la edad madura resultan deplacés.

Lo que hay es que el público lo tragaba antes todo. Bien lo sabía Schiller y así lo mismo hacía decir á Tell (Acto IV. Esc. III) que pescaba conchas en la cima de los Alpes, que hacía comulgar á la Stuardo (Acto V. Esc. VII) de un modo inconveniente y al público con ruedas de molino harinero.

El público lo aplaudía antes todo.

Si hoy estrenara Lope sus cientos de comedias, iban á llover patatas que iba á ser una bendición.

Hasta hace poco, cuando un drama iba mal, se acudía al recurso de figurar un convento, con su lego gracioso burdo, y allí aparecía el protagonista disfrazado de fraile prorrumpiendo en tremendos monólogos:

- «¡Suerte funesta! ¡Aterrador destino! Puedo tenerme apenas y corre fuego ardiente por mis venas que mi interior abrasa. ¿Será el vino?»

Pero hoy se hila para lo serio muy delgado. Y se tolera todo, lo grotesco, lo trivial, lo indecente, pero lo falso no. Y eso es lo que domina en el teatro.

En los dramas de Sudermann (citando lo moderno), todo es dislocado y falso. En Magda, escribe Jules Lemaitre, cuando cae el telón, no sabe uno ni lo que el autor ha querido decir, ni qué moral es la suya.» Es decir, ocurre lo propio que en Las alegres comadres, El mercader de Venecia y no pocas obras del gran Guillermo. Lo mismo

que á mí me ocurre con todo el teatro de Lope de Vega.

¿Qué moral es la de Lope? ¿La cristiana? Desde luego no es la de Jesucristo. El argumento de El ansuelo de Fenisa está en el Decamerón de Bocaccio y el de alguna otra comedia suya. No me atrevo á decir que hay algo parecido en el Foblás. Por mucho menos se excomulgó á Dicenta y no fué por los ripios de El suicidio de Werther, sino por el hermoso Fuan Fosé.

Las comedias de Lope se parecen todas. Caballeros aventureros acompañados de ganapanes desvergonzados; doncellas andantes y lascivas seguidas de alcahuetas y pajes de aguas, madres trasnochadas y padres, tutores ó hermanos anchos de manga, en cuyas casas se entra y se sale como en la más vulgar mancebía; tales son las figuras. El enredo es siempre, no ya amoroso, sino sexual, forzado é inverosímil. Y, después de varias situaciones traídas por los cabellos. llega el desenlace previsto. Casan las damas con los galanes, las sirvientes con los lacayos y el autor se despide del senado (discreto siempre), pidiendo perdón de sus dislates. El público, que llena el patio y la cazuela, claro es que se lo otorga, harto ya

de cascajo, de gresca y bulla, de tiranía y de ignorancia.

Sólo Lope escribió más que todos los poetas juntos; sus autos y comedias pasan de dos mil. ¡Si habrá allí ripios! Y más si se tiene en cuenta que muchas

«en horas veinticuatro pasaron de las musas al teatro.»

Dos mil comedias á dos mil versos, cuatrocientos mil. Un gazapo para cada diez, cuarenta mil gazapos. Quien dude que lea y prepare la escopeta.

Y que su sistema consistía en salir por la calle de en medio lo dice él mismo:

«Cuando quiero escribir una comedia encierro los preceptos en seis llaves; saco á Terencio y Plauto de mi estudio para que no den voces, que suele dar gritos la verdad en libros mudos, y escribo por el arte que inventaron los que el vulgar aprecio merecieron; porque, como las paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto.»

No hubieran dicho otra cosa y si me apuran ustedes, peor dicha los autores del Teatro Guignol.

Milá, Gil y Zárate, Durán y cien compiladores, dicen que Lope fué descuidado. ¡Ya lo creo! Y disparatado á veces, aunque grande amigo de las musas y de sus confusas dueñas.

«Porque también las musas tienen dueñas que, como las visitas son confusas.»

(Laurel de Apolo.)

Sí que hay visitas confusas; y versos también.

Las comedias morales como El viaje del alma y Las bodas del alma con el amor divino, son buenas para lo que se hicieron; para representadas en la plaza pública después de los títeres.

De los dramas históricos no hay que hablar. Los Tellos de Meneses, Peribañez y El Comendador de Ocaña, son presagios de El gran cerco de Viena, y los versos anuncian á veces los de González Estrada:

«Lira y aprieto de consonante con clarinete en desconcierto.
La poesía de El Pistón y acordeón con armonía.»

ó recuerdan la introducción de Las selvas del año, de Baltasar Gracián:

Después que en el celeste anfiteatro el jinete del dia sobre Flegonte toreó valiente al luminoso toro. vibrando por rejones rayos de oro. aplaudiendo sus suertes el hermoso espectáculo de estrellas, turba de damas bellas que á gozar de su talle alegre mora encima los balcones de la aurora: después que en singular metamorfosi con talones de pluma y con cresta de fuego, à la gran multitud de astros lucientes gallinas de los campos celestiales, presidió gallo el boquirubio Febo entre los pollos del tindario huevo... etc.»

¿Qué Lope no escribe así? Léase de un tirón el famoso Laurel de Apolo.

Fray Lope sabía lo que se hacía.

Como que, según Montalbán no era más que lo siguiente:

«Portento del orbe, gloria de la nación, lustre de la patria, oráculo de la lengua, centro de la fama, asumpto de la envidia, cuidado de la fortuna, fénix de los siglos, príncipe de los versos, Orteo de las ciencias, Apolo de las musas, Horacio de los poetas, Virgilio de los épicos, Homero de los heroicos, Pindaro de los líricos, Sófocles de los trágicos, y Terencio de los cómicos; único entre los mayores, mayor entre los grandes y grande á todas luces y en todas materias.»

Y le faltó decir algo á Montalbán: hombre que supo enriquecerse sin pasar fatigas. Aprended obreros, campesinos, industriales y sabios. Él resolvió el problema que os produce insomnios. Consiguió más que quien inventó el pan, cuyo nombre no se conserva.

A pesar de lo cual se le pudieron aplicar los versos de Pirón:

«Il versifira donc? Le beau genre de vie! Ne se rendre fameux qu' á force de folie!»

6 aquellos otros de La Metromanie:

«C'est un homme isolé, qui vit en volontaire; qui n'est bourgeois, abbé, robin ni militaire; qui vá, vient, veille, sue et se tourmentant bien travaille nuit et jour, et jamais ne fait rien.

Ahora quisiera yo ver á Lope con sus dos mil comedias debajo del brazo.

Hoy no traga el público aquello de La moza de cántaro:

«Asoma por el estribo los rizos de sus cabellos.»

Después de una tirada en que el actor llega á quedar exánime.

Ni los cantares de La discreta enamorada: «Cuando tan hermosa os miro de amor suspiro, y cuando os veo suspira por mí el deseo. Cuando mis ojos os ven van á gozar tanto bien; mas como por su desdén de los vuestros me retiro, de amor suspiro.»

Eso no lo pone en música ni Chapí, ni Caballero, ni el mismísimo Quinito Valverde.

Pues ¿y cuando le dice Fernando á Lucindo

> «Señor, advertid que al alba hacen las calandrias salva?»

Eso ya no hay quien lo beba. Y de eso hay mucho en los cinco pliegos diarios que escribió el Fénix de los Ingenios. También dudo que hoy fueran aplaudi-

dos conceptos como éste:

Pintar en el viento quiero y un monte soberbio entero de átomos del sol hacer.

O este otro de El ausente en el lugar:

«¡Oh, que bien me desengañas! Tuya la cama, león yo que á sus pies dorados brama camaleón vengo á ser.» Y aun ¿qué diría hoy la crítica de dramas históricos como La Roma abrasada, en que se cuenta todo lo ocurrido desde la muerte de Mesalina en el imperio de Claudio hasta la de Nerón, que es el héroe, y al mismo tiempo el gracioso del drama?

¡Habría que oir á Don Cualquiera! La versificación es casi siempre sencilla:

•A.—¿No quiso venir Elisa?

O.—No, señor, que no anda buena.»

Al leer esto recuerdo una escena en verso espontáneo en el balneario de Caldas de Oviedo.

Actores: D. José, hombre gordo á quien llamaban los bañistas *Pepón* (cuando él no lo ofa, por supuesto) y tres *tresillistas*.

«D. José, entrando.—¿Ha venido D. Ramón? Jugador 1.0—No, señor, que se ha ido á misa. D. José.—Pues entonces, voy deprisa á buscarle. Jugador 2.0 (sin foder contenerse).—¡Adios, Pepón!»

Hubo un disgusto por la fuerza del consonante; pero el /Adiós, Pepón! redondeaba la estrofa, y el bañista si es mudo revienta. Contra esa fuerza del consonante tenía Lope un remedio.

Dejar en la mitad de unas redondillas dos versos sueltos.

«Pienso que sabré pagarte aunque si esta nave fuera de oro puro, no pudiera deste bien mínima parte. ¡Ójala fueran sus jarcias cuerdas de perlas de Oriente! El corredor de su popa fuera de diamantes hecho, de historias varias el techo, del pincel mejor de Europa.»

(El anzuelo de Fenisa.)

Y quien suponga que hizo mal, que le busque un consonante á jarcias.

Verdad es que le quedaba á Lope otro recurso.

Cuando no hallaba un consonante repetía el anterior. (Véase El ausente en el lugar.)

«A.—¡Mal haya la sospecha mal segura que tuve de mi Elisal pues por ella quiso Octavio intentar tanta locura, casárase mejor con Carlos ella, pobre en efecto, pero bien nacido y que hoy presumo yo que adora en ella.»

Es una preciosa estrofa, ella.

«O.—Pues tú, qué piensas que la causa ha sido para irse á Flandes?

A. Este casamiento de Feliciano debe de haber sido.»

El amor y la pata de cabra pueden mucho.

Ellos consiguieron que Tirso de Molina hiciera en Los amores de Tamar que se oyeran cañonazos varios siglos antes de inventarse la pólvora.

Y que Moreto escribiera lo que sigue:

eF.—Los pensamientos que están tristes en mi corazón, á los alegres que ya entrán en él dirán luego...

L.—¿Cómo?

F. De fuera vendrá quien de casa nos echará.»

Y que escribiera Guillén de Castro en Las mocedades del Cid esta contradicción:

«Y mi espada mal regida os dirá en mi brazo diestro.»

Y quien en Don Gil de las calzas verdes dictó á Tirso:

«Quedándose con los dos alones cabeceando, decia al cielo mirando: ¡Ay ama, que bueno es Dios!»

De Calderón, Alarcón y Rojas hablaremos en otro capítulo.

Eran maestros en marrullerías y sabían ocultar los gazapos.

Y es fácil la tarea.

Pudiera hacerse un índice de autores extranjeros, por orden alfabético, desde Amicis, Bouterweck, Cantú y Damas Hinard hasta Schak, Schlegel, Sismondi, Ticknor, Voltaire y Zola, que han hablado de Calderón y la literatura de su tiempo. Sin contar al soberano vulgo; pero á ese se le da poco de los ripios

«que se rasca de musas su excelencia como de pulgas los demás humanos.»

A más los mismos escritores del siglo de oro dijeron ya bastante de sus deslices y aun de los poetas en general.

«Si por vuestra desdicha, escribía Lope á su hijo, vuestra sangre os inclinara á hacer versos (cosa de que Dios os libre) advertid que no sea vuestro principal estudio, que mientras menos de poeta tuviereis, más tendréis de opinión y juicio.»

Y en El alguacil alguacilado se lee:

«Donde hay poetas parientes tenemos en corte los diablos... Hemos hecho un ensanche á su cuartel y son tantos que compiten en votos y elecciones con los escribanos... ¿Qué género de penas les dan á los poetas? repliqué yo. Muchas, dijo, y propias. Unos se atormentan oyendo alabar las obras de otros, y á los más es la pena el limpiarlos. Hay poeta que tiene mil años de infierno y aún no acaba unas endechillas á los celos.»

Después que yo escribí mis primeros endecasílabos, parecióme oir aquel verso que Virgilio tomó de Teócrito:

«Ah Corydon, Corydon, quae te dementia cepit?»

Pero los ripios nunca morirán. No sólo se escriben, sino que se cantan. Oid á Augusto Ferrán haciendo que se oiga la voz de una persona después de callarse y hasta que se aleje despacio:

«El dulce sonido de tu voz alegre cuando te callas, se aleja despacio hasta que se pierde.»

Y á Iparraguirre en el Guernicaco, diciendo al árbol:

«Guernicaco arbola da bedein catuba...»

¡Y el árbol contesta!

«Arbolac erantzun du contuz bizitzeco eta biotzetican Jaunari escatzeco»

Y que nos valga Jaungoicoa.

XI

Un expósito llamado Eusebio es hallado al pie de una cruz por un pastor, quien, al morir, déjale su hacienda. Una vez libre aquél, mata al hermano de su prometida y huye á unirse á una cuadrilla de bandoleros. Asesina á una porción de infelices, pero siempre que hiere á traición á un hombre coloca una cruz al lado de su cadáver. Julia, su hermana, obligada por su padre á tomar el velo, abre su celda á Eusebio, abandona el convento y corre á unirse á él vestida de hombre, excediéndole en crueldad. Después de cien crímenes y desastres, Eusebio es perseguido y herido gravemente por los soldados de su padre. La escena representa un país salvaje, rodeado de precipicios, á propósito para el espectáculo del parricidio y del incesto. Eusebio aparece moribundo sobre una roca; preséntase su padre, le reconoce y le ve expirar. Llega un fraile, que ofreció